



DICEN QUE CALLADITOS
NOS VEMOS MÁS BONITOS...

UN MEXICANO MÁS

JUAN SÁNCHEZ ANDRAKA

PUEBLO QUE LADRA NO MUERDE

Lectulandia

En su libro *Un mexicano más*, Juan Sánchez Andraka nos presenta claramente las graves contradicciones de nuestra vida familiar, social y política.

Antonio Mendoza, el personaje central, es un estudiante de secundaria de provincia, cuya formación se va estructurando con base en esas contradicciones y, por lo tanto, llega en sus aspiraciones, a identificarse con los millones de mexicanos cuya meta única y definitiva es la adquisición de dinero.

La despreocupación de los padres, los maestros sin vocación de maestros, los falsos redentores del pueblo y la carencia, en el hogar y en la escuela, de orientación sexual adecuada aparecen como culpables de esta producción de mediocres.

Un mexicano más, fue el primer libro de este joven autor. Por el tema tratado, y la manera cómo desarrolla y presenta su temática, este pequeño libro que tienes en las manos, estimado lector, viene a llenar un vacío, porque despierta la inquietud del ciudadano consciente por uno de los problemas fundamentales para el mexicano en la hora actual. Esta nueva edición de libro tan combativo, certifica el interés despertado, entre la juventud principalmente.

Lectulandia

Juan Sánchez Andraka

Un mexicano más

ePub r1.0
XcUiDi 27.04.16

Título original: *Un mexicano más*

Juan Sánchez Andracka, 1966

Retoque de cubierta: XcUiDi (adaptación de portada de la película)

Editor digital: XcUiDi

ePub base r1.2

Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de www.epublibre.org. La página, y sus editores, no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante archivos como este.

más libros en lectulandia.com

NOTA DEL EDITOR

La casa editorial Proyección Cultural Mexicana, S. A. de C. V., se complace en presentar la formidable obra de Juan Sánchez Andraka: «Un mexicano más», la cual ya forma parte de los sueños de un gran sector de la población mexicana, y es la de los estudiantes que, en un momento de su vida descubren que el mundo no es tan impecable como nos lo imponen los dogmas religiosos y hay mucho por hacer, a fin de que nuestro ámbito de vida realmente sea digno de ser vivido.

La extrema sencillez del autor logra efectos espectaculares, al abordar de modo tan transparente, cuestiones de dilatada profundidad, especialmente el aspecto social; es allí donde, los jóvenes, que andan a la búsqueda de sus ideales quijotescos y su afán de componer el mundo, sienten que alguien les habla en su idioma y por ello, convierten a «Un mexicano más», como a uno de sus libros «de cabecera».

El caso que aborda el autor es de Antonio Mendoza, un joven estudiante de la Enseñanza Secundaria provinciano, que recibe la cultura oficial en donde, existen marcadas y recalcitrantes contradicciones, esas que conciernen a los mexicanos en sujetos adocenados, marcados por el mismo hierro candente del conformismo, el vasallaje al estado de cosas anodino, que no significa ninguna retención, ni dignidad, ni reporta trascendencia alguna, para nadie.

Sin duda alguna que el autor: Sánchez Andraka, es un profundo observador de las cosas de su tiempo, pues destaca de modo acertado, la profunda despreocupación que existe entre los padres actuales, el descuido de los maestros al instruir los «moldes hechos» y la notoria falla existente en la llamada brecha generacional, que crece día con día, sin que los jóvenes y adultos, logren hablar el mismo idioma de progreso y superación.

Para todo aquel que se aventure en las páginas de «Un mexicano más», les anticipamos que mucho de sus páginas, le representarán un hallazgo antropológico, cultural y humano.

Antonio Salgado Herrera,
Periodista.

Antonio Mendoza es la personificación de los adolescentes mexicanos, víctimas del actual proceso educativo que, por contradictorio, destruye en ellos la natural aspiración al bien y a la verdad lanzándolos a las gruesas filas de los que sólo buscan en la vida comer, gozar y mandar...

Nací hace 16 años. Tengo siete hermanas, tres mayores y cuatro menores que yo. Soy el único hombre.

 Mi mamá es católica; pero no es de las que viven en la iglesia y le besan la mano al cura. No. Es católica, pero atiende muy bien su casa.

 A mi papá le tengo confianza.

 Él nunca me dice frases cursis. Me trata como amigo, aunque a veces me prohíbe ir a algún lado o juntarme con muchachos que considera inconvenientes.

 Recuerdo que una vez lo desobedecí y me pegó. Llore mucho, no por los golpes, sino de sentimiento, pues todavía creo que sólo lo hizo para desahogar un coraje que había hecho en la oficina.

 Sabía que no era necesario pegarme, pues yo entiendo las cosas cuando me las dicen por la buena, como amigos. A la mala, no es lo mismo.

 Por ejemplo, mi mamá dice que vaya a misa.

 —¿Por qué, si no es domingo?

 —Es Corpus Christi...

 —Y qué que sea eso; yo no quiero ir.

 Entonces va por la reata que siempre tiene en la cocina para estos casos y ¡claro! Yo salgo corriendo a la iglesia; pero no oigo la misa ni me interesa. Sólo estoy allí para evitar que me pegue.

 Esta costumbre de ir a misa no la comprendo.

 —Si no me gusta, ¿a qué voy?

 —Mira, ésa es la religión de mis padres y yo debo respetarla y cumplir lo que me ordena. Tú también porque eres mi hijo...

 Eso me pareció ridículo:

 —Si mi abuelo creía que los ciruelos daban naranjas, yo también debo creerlo porque soy su nieto...

 Mi mamá dice que debo amar a Dios.

 Casi siempre, durante la comida, me regaña porque no demuestro amor a quien es Rey de Reyes, según ella.

 La mera verdad, yo no lo amo...

 Le tengo miedo...

 La culpa de esto la tiene ella y el cura: me enseñaron a reatar de memoria los diez mandamientos.

 El que no los cumpla se va al infierno.

 —¿Qué significa fornicarás?

 —Tú apréndelos y basta. No quieras entender cosas que no puedes ni debes.

 Así, si desobedecía, si me peleaba, si me negaba a ir a misa, si no me confesaba, si no estudiaba.

 —Te va a castigar Dios. Te vas a condenar.

En las noches me obligaba a rezar:

Así no lo haces, nene el diablo por ti.

Yo temblaba de pies a cabeza y rezaba más que doña Tonchi, la comadre del cura.

A Dios le tengo miedo, le tengo tenor.

¿Cómo lo puedo querer?

Sinceramente, si los domingos voy a misa, si a veces me confieso, es para que no me castigue ni Él ni mi mamá.

En la escuela aprendí a leer... quiero decir con puntos y comas.

Algunos ni eso aprendieron.

Decían que yo tenía buena memoria y, creo que sí, pues no me costaba trabajo aprender las definiciones.

Cuando el maestro preguntaba:

—¿Qué es biología?

Yo contestaba de corrido:

—Biología es la ciencia que estudia los fenómenos que acaecen en los seres vivos.

Mis rápidas respuestas siempre entusiasaban al maestro y causaban la admiración de mis compañeros.

Yo no sabía qué era fenómenos, ni qué significaba acaecer.

Nunca me preocupé por preguntarlo. El maestro no se preocupaba por decirlo. Entender no era necesario.

Lo importante era contestar, como en el catecismo.

Los maestros meran enérgicos. Por cualquier cosa nos castigaban.

En el pueblo decían que era la escuela con mejor disciplina.

Por eso los papás la preferían.

Allí sí educan.

—Esa escuela rale oro.

—Allí hasta mis lujos obedecen.

Para nosotros era el infierno.

Si alguien, por descuido, tiraba el lápiz:

—Baboso, parece que no tienes manos.

Si alguien no sabía la lección:

—Ven acá, híncate.

—Holgazán. ¿Así respondes a los sacrificios de tus padres? ¿Así pagas a la Patria, el interés que tiene en ti? Malagradecido. Comes tres veces al día, ¿eso no te basta? Aún tienes la desvergüenza de venir a calentar la butaca...

Por eso había disciplina.

Por eso la escogió mi mamá.

En los desfiles éramos los mejores.

A nuestro paso el público lanzaba uvas y aplausos.

Los maestros se pavoneaban y agradecían con sonrisas las felicitaciones.

Alguien lamentaba:

—Pedrito no pudo entrar a esta escuela. Ya no había cupo.

Alguien más:

—Como me duele no tener hijos. Si los tuviera, que orgullosa me sentiría con ese uniforme.

Nosotros:

—Al diablo la escuela y al diablo el uniforme. Yo envidiaba a los albañiles, a los panaderos, a los cargadores.

Ellos no estudiaban.

—¿Quieres ser burro toda la vida?

—Sí, mamá.

—¿Quieres que todos se rían de ti cuando seas grande?

—Sí, mamá.

—Pues quieras o no quieras has de estudiar, porque yo no debo tener hijos tontos.

—Cámbiame de escuela.

—Mientras yo viva. Tú Estarás en ésa. Es la única que puede hacerte bueno.

Allí estudié seis años.

Seis años. De penas.

Seis años de rencor y odio.

Cuando entré a la secundaria algo cambió en mí.
Me sentí liberado.
Como si de pronto hubiera adquirido la facultad de pensar, de actuar.
Dejé de ser objeto. Me convertí en persona.
Mi madre se quejaba:
—Te vas a descomponer. Sin la vigilancia y autoridad de tus antiguos maestros, abandonarás el camino recto.
Yo me alegraba.
Sí, dejaría el camino de las prohibiciones: «No hagas»; «No digas»; «No vayas»; «No vengas»...
Ahora, pensaba, harté lo contrario.
Ésa era mi venganza.
Recuerdo el primer día de clases:
A los novatos nos correspondían los salones de la planta baja.
Sesenta alumnos por salón.
Un maestro por materia.
Las mujeres, adelante.
Los hombres, atrás.
A la hora de civismo llegó el profesor y nos pusimos de pie.
Con una sonrisa indicó que nos sentáramos.
Era muy joven.
Tenía esposa y dos hijos. También tenía amante.
Ésta era la luja de don Lucas, el de la tienda de linos.
Se decía que enamoraba a la esposa del doctor Mora, pero sólo eran rumores.
En cambio, sí era cierto que sedujo a la hija de don Matías. Por eso la mandaron a México a vivir con sus abuelos.
Pese a todo, su presencia me lanzaba al futuro:
—Sería muy hombre: parrandero, mujeriego...
Esa admiración creció en la medida en que oía hablar de sus clases a los que ya habían sido sus alumnos:
—Él sí explica.
—Todo se le entiende.
—Es el mejor maestro.
—Y tan joven...
... Un silencio invadía el salón.
Él nos miró a todos, después a mí, y un ligero escalofrío recorrió mi cuerpo.
Bajó los ojos y habló:
—Sean bienvenidos a esta escuela. Será su casa durante tres años. Aquí crecerán. Aquí tendrán amigos, buenos y malos. Entre los buenos quiero estar yo...

Todos lo miramos con simpatía.

—Será mi buen hogar para ustedes. Respétenlo y quiéranlo como respetan y quieren al hogar de sus padres. ¿Hay algo más digno de cariño y respeto que la familia? No. La familia es para nosotros el grupo sagrado al que pertenecemos y por quién daríamos todo. La mache o la esposa, los hermanos o los hijos, son y serán siempre para el hombre, el centro de su vida, su razón de ser, su apoyo, su felicidad. ¡Ay de aquél que atenta contra sus progenitores o contra su cónyuge! ¡Ay de aquél cuya existencia no dignifica y honra a los que por la sangre o por el amor viven con él bajo el mismo techo y ríen o lloran bajo el mismo gozo o bajo el mismo sufrimiento!

Nadie parpadeaba siquiera.

Estábamos conmovidos.

—Los hombres —siguió diciendo— tenemos una deuda con la Naturaleza. Jamás podremos pagársela; por lo mismo, estamos obligados a ir reverentes ante el perfecto don que nos concede: la mujer. Sí, la mujer: la madre o la hermana, la esposa o la hija son para nosotros fuente de ternura o comprensión. En nuestras turbaciones, siempre encontramos una mujer que nos ayuda y nos alienta. La mujer, óiganlo bien jamás debe convertirse en objeto de satisfacción de nuestros instintos.

Callo mi momento. Luego continuó:

Nuestro hogar tiene un eje. Es la madre o es la esposa. En honor a ellas respetamos a todas las mujeres del mundo...

El toque de salida cortó el discurso.

El maestro se fue sin decir más.

Nosotros quedamos llenos de reflexiones.

Yo permanecía en mi asiento, mientras los otros salían.

Algo me obligaba a no moverme.

Era el asomo de mis propósitos.

Era el anhelo de una vida distinta.

Era el deseo de imitar, en todo, al maestro de civismo...

Recuerdo mucho aquél día.
 En la calle atrapé mi sapo. Lo envolví en hojas de mi cuaderno.
 Con tinta escribí:

«Para Lourdes, con cariño».

Llegué a la clase.

El timbre no había sonado. Mis compañeros charlaban en pequeños grupos.
 Lourdes estaba con Gloria y Carlos.

Me acerqué a ellos con el sapo en la mano.

—Lourdes...

—¿Qué tal, Toño?

—¿Sabes? Ayer mi mamá me dio dinero y compré algo para ti.

Sus mejillas se encendieron.

—Acepta este pequeño obsequio, te lo suplico.

Extendió la mano y, suavemente deposité en ella envoltorio y dedicatoria.
 Gracias, Toño.

Me retiré a zancadas.

De pronto, un grito rompió la monotonía.

Todos salieron corriendo al salón.

Lourdes y el sapo estaban en el suelo. Lourdes desmayada. El sapo, liberado,
 trataba de escapar.

—Traigan alcohol.

—Avisen al prefecto.

—Abran las ventanas. Que entre aire...

Cuando volvió en sí, su mirada se posó en mis ojos.

Dos lágrimas acariciaban su rostro.

Mi placer se transformó en remordimiento...

El prefecto investigó.

Lourdes no dijo nada.

Una Hora después...

—Dice el director que vayas.

Caminé como autómatas.

Mi mamá había sido citada y ya se encontraba en la Dirección.

El aire tenía olor de castigo.

El director habló con voz de verdugo:

—Lo que luciste, Antonio, es una canallada. Debes avergonzarte. Querías divertirte. Lo has logrado. Has hecho sufrir y en tomo tuyo se acumula el desprecio. Es digno todo aquél que ríe o goza con el dolor ajeno. ¿Qué dirías de mí, si en este momento me riera de la pena que invade a tu madre por ser tú como eres? No sé si llamarte animal o bestia. Creo que ninguno de los dos epítetos mereces. Estás más

bajo...

Mi madre lloraba. Yo también, en silencio.

No hable con ella ni allá ni en la casa.

Sólo pensaba en Lourdes... En Lourdes, y en sus lágrimas...

Esa tarde, fue tarde de toros.

Mis amigos coman.

—Apúrate. No te quedes.

—No tengo dinero.

—Brinca la barda por atrás; nadie la cuida.

Me uní a ellos y brinqué la barda.

Llegamos tarde. Era el quinto toro, el último.

Allá junto a nosotros, el cura y algunos miembros de la Hermandad de San Francisco.

Lourdes no estaba.

La bestia estaba agotada.

Las banderillas, adornadas con vivos colores, se levantaban en su cuerpo sobre una mancha de sangre.

De pronto, un alarido...

Todos de pie.

Algunos se cubrieron los ojos con las manos.

Otros, horrorizados, volvieron el rostro.

Allá en el ruedo, el torero pendía de las astas del toro.

Después cayó.

Su agonía fue mi espectáculo.

Regresamos a nuestras casas en silencio.

Murió ante todos...

Los pasos eran sordos.

Algunas parejas, enlazadas por el talle, se miraban a los ojos.

Yo iba solo, con Lourdes dentro.

Tras de mí, el Director y su esposa.

Ella no hablaba.

De él salió un comentario:

—¡Qué buena estuvo la corrida...!

Mi maestro de historia no sabía historia.
 Ni el de español, español. Ni el de...
 ¿Por qué los maestros no saben lo que enseñan?

Recuerdo a un primo, el hijo de mi tía Clara.

Fue a estudiar a México.

Estuvo en la Facultad de Derecho.

Después... que siempre no, que quería trabajar.

¿Y de qué?

Aunque sea de maestro.

Se arregló sin dificultad.

Ahora enseña biología de una secundaria. Pero no en la nuestra, en otro Estado...

Yo creo que así estaban todos los de aquí. Menos el de civismo. Él sí explicaba.

Los otros nos dictaban toda la hora.

Acabábamos cansados, aburridos...

¿Y qué nos dictaban?

—¿Lo que estaba en el texto?

Daba Risa, a veces, coraje...

Un día...

Nos tocaba historia en la primera hora.

El maestro llegó jadeante.

Sus ojos tenían sueño, su mal aliento olor a vino. Las manos vacías, sin libro...

Su voz sonó distinta, como la del cura.

—¿Qué saben de historia?

Todos guardamos silencio...

—Como no traje el libro para dictarles, quiero que me contesten por escrito lo siguiente...

Se acercó al pizarrón.

Creo que le dio un mareo, porque soltó el gis y con las manos se cubrió la cara.

Volvió al escritorio.

—Maestro. ¿Por qué no nos habla de México? ¿Cuándo y quiénes fundaron la Gran Tenochtitlan?

—Todo esto lo verán en segundo. En primero sólo tendremos historia universal.

—¿La historia universal no comprende a México?

—Está bien. Hablare de México.

Titubeó mi poco.

Luego Tosió.

Su mirada salió por la ventana y yo le adiviné el deseo de irse con ella.

—La Gran Tenochtitlan fue fundada en...

Otra Tosecilla.

Otro titubeo.

—Bueno, el año no importa, lo importante es que sí la fundaron...

—Más o menos, maestro, ¿en qué año?

Su lista buscó otra vez la ventana El anee de sus piernas fue lento.

—Aproximadamente en el año 2000 antes de Cristo.

Todos tomamos nota:

—Fueron los Mayas. Después los Aztecas los conquistadores. Éstos venían del norte, encabezados por Tláloc.

—Maestro, ¿por qué perdió Cuauhtémoc en su lucha contra Cortés?

—Porque su gente estaba dividida.

—¿Quién era Cuitláhuac?

—Cui... ¿qué?

—Cuitláhuac, maestro.

—Ah, sí, el que traicionó a Cuauhtémoc. Por él lo ahorcaron...

Estábamos por primera vez interesados en la clase.

Todos preguntaban.

Algunos escribían las preguntas y respuestas.

—¿Qué paso con Cortés, maestro?

—Después de la conquista lo mataron. Seguramente sus restos están en Veracruz.

Doña Eulalia aún no los descubre.

Sonó el timbre.

El maestro salió corriendo, como si se sintiera culpable de algo.

Doña Lupe vendía mangos verdes con chile.

A veces me fiaba, a veces no.

Estaba rogándole lo hiciera, cuando el maestro de historia pasó a mi lado con el Director.

Interrumpí:

—Profesor, perdone, pero tengo una duda sobre la clase de hoy.

Se detuvieron.

—Dígala.

—¿Quiénes mataron a Cortés?

—A Cortés lo mató tu abuela —terció el Director.

—Perdone, pero el maestro dijo que lo habían matado y que sus restos estaban en Veracruz.

La cara del maestro se vistió de miedo.

Sus ojos no encontraban ruta...

—Yo no les hablé de Cortés, sino de Moctezuma.

El director estalló en palabras:

—¿Ya ves? Tú siempre tergiversas las cosas. Además de indisciplinado eres embustero.

—Maestro, yo...

Nada. Sigues siendo un holgazán. ¿De qué sirve que uno se esfuerce en explicarles si, por su torpeza, han de salir con domingo siete?

Las lágrimas empañaban mis ojos.

El corazón me latía aceleradamente.

Mi boca temblaba de rabia...

—¿Conque la tumba de Moctezuma está en Veracruz? —preguntó el Director al maestro mientras se alejaban.

—Señor, yo... bueno... este...

—No se preocupe, Sea la de Moctezuma o la de Kennedy hay que celebrarlo. Yo invito la botella...

Era una tarde lluviosa.

El teatro de mi escuela estaba lleno.

En el foro, el jurado se cubría de solemnidad...

Yo participaba en ese concurso de oratoria. Mi tema era «El Municipio y sus Problemas».

El nuestro tenía muchos.

En la Cabecera:

Calles sin empedrar.

La luz cortada, sin pagar.

El zócalo destruido.

Falta de limpieza.

Falta de orden.

Falta de seguridad.

Miseria...

¿Y el presidente?... En la taberna, como siempre...

Redacté mi discurso, atacando, pidiendo, responsabilidad, Solución a los problemas, trabajo.

Esa mañana el Director me dijo:

—Sé de tu discurso. Es inaudito. Cámbialo.

—¿Por qué?

—El presidente municipal asistirá al certamen. Además, él nos obsequio el Primer Premio.

—Pero maestro, yo nada más digo la verdad.

—Hay verdades que no pueden decirse. ¿Por qué no nos habla de Hidalgo, de Juárez, o de los Niños Héroeos?

—Maestro, yo quiero hablar de aquí, de mi tierra.

—De acuerdo, pero no en esa forma. No nos conviene. Mira, tú tienes buena memoria y podrás aprenderte el discurso que yo haré para ti sobre el tema que quieres.

—Maestro, yo...

—Te prometo ayudarte. Seré presidente del jurado y te aseguro que un premio será tuyo...

Sin dificultad me aprendí el discurso.

Pese a la promesa del Director, estaba nervioso.

Además, me sentía incómodo, incompleto, vacío, absurdo...

No me agradaba esa lucha con ventaja.

Me anunciaron:

—Toca el turno al joven Antonio Mendoza del Primer Año “C” quien disertará sobre: “Nuestro Municipio y sus Problemas...”.

El presidente se puso pálido.

El Director le cuchicheó al oído y aquél me guiñó el ojo.

La tribuna era alta, casi me llegaba al cuello.

«—Honorable jurado,

Señoras,

Señores,

Compañeros».

Sentí un hormigueo en todo el cuerpo.

Las piernas me empezaban a temblar.

«—Cuando se habla de nuestro municipio, se habla de progreso, de trabajo, de patriotismo y entrega. Tenemos la gloria común de haber nacido en esta tierra de héroes, en esta tierra cuyos hombres del pasado regaron con su sangre la semilla de la libertad que hoy gozamos y la que conservamos agracias a la eficaz labor de los gobiernos de la Revolución Mexicana, hoy por hoy, inspiración sublime de quienes tienen en sus manos los destinos de la Patria...».

El Director inició la ovación.

Todos lo siguieron.

El presidente sonrió complacido.

«—¿Qué sería de la Democracia sin la existencia del Municipio Libre? Sería una negación, un absurdo. El Municipio Libre es el núcleo, la razón y la base de la Democracia. Municipio Libre es lo nuestro, pero no lo es sólo en la teoría constitucional, sino también, plenamente en la realidad gloriosa que vivimos...».

Nuevamente el Director inició la ovación.

Mis rivales me veían con envidia.

Mi mamá y mis hermanas parecían orgullosas.

«He venido a esta Tribuna de la Libertad para hablar sobre los problemas municipales. Los he analizado mío por mío y he comprendido que el principal y más grave es la apatía popular. Si esta apatía no existiera, apreciaríamos en todo su valor y secundaríamos, sin duda, los esfuerzos titánicos que por nuestro propio bien hace, dada día, cada ahora, cada minuto, nuestro actual Ayuntamiento, presidido por Don Celestino Ramírez, aquí presente, patriota a toda prueba y un ejemplo insuperable de honradez y trabajo...».

Esta vez la ovación fue nutrida, prolongada. Don Celestino tuvo que agradecer varias veces.

El Director le dio unas palmadas...

Seguí hablando, lanzando loas, provocando aplausos. Terminé.

Muchas manos se extendían hacia las mías... Sonrisas, abrazos...

La decisión del jurado fue unánime:

—Primer lugar, Antonio Mendoza.

Apartados, platicaban el Director y mi madre:

Su hijo es valioso, señora, tiene talento. No debemos dejar que lo desperdicie.

Mañana voy a recomendarlo. Es necesario que ingrese al Sector Juvenil del Partido...

En los exámenes finales tuve éxito.
 Bueno... No fue gracia.
 Eran demasiado fáciles.

Un ejemplo:

«Subraye el nombre del descubridor de América:

- a) Hidalgo
- b) López Mateos
- c) Cristóbal Colón»

«Coloque el número de la izquierda en el paréntesis a la palabra que le corresponde de la derecha:

- 1.— Gato () Cosa
- 2.— Luis () Animal
- 3.— Mesa () Persona»

Había también «complementaciones», es decir, deberíamos completar una definición o una aseveración con la palabra faltante.

Así:

«Matrimonio es el contrato civil por medio del cual se unen un hombre y una...»

Por eso ni estudiaba. ¿Para qué? ¡Era tan fácil!

Sin embargo, los maestros desde el primer día de clases nos exhortaban:

—Deben estudiar, pues sólo estudiando pasarán sus pruebas.

—Estudien, ya vienen los exámenes.

—Acuérdense que los exámenes están cerca. Deben sacrificar sus diversiones y estudiar, pues si no aprueban...

¿Estudiar para los exámenes, sólo para ellos?

¡Qué absurdo!

¡Cualquiera los pasaba...!

Fue en vacaciones...

Una noche:

—Toño, acuéstate, ya son las diez.

—Mamá. Quiero bañarme...

—Temprano lo haces. Hoy puede hacerte daño, el tiempo está frío.

Me acosté de mala gana, en seguida quedé dormido y soñé.

El río estaba limpio. Bajábamos corriendo por la ocotera.

—Vieja el último.

—Pamba al que se quede.

Íbamos desbocados. Adelante, Luis. Tras él, Artemio y Cristóbal. Yo, el último...

Un olor a Lourdes invadió el paisaje. La sentía cerca, casi la veía, sin precisarla.

Cuando la descubrí quedé paralizado: Estaba tras unas rocas. Sólo asomaban sus rubios cabellos.

El corazón me latió con fuerza. Un leve temblor recomo mi cuerpo.

Me acerqué.

—Lourdes...

—Ven Toño, te esperaba.

¿Me esperabas?

—Sí, vine a bañarme contigo. ¿Quieres?

Una sonrisa, distinta a todas sus sonrisas inundó sus labios.

—Anda, no tengas miedo, desvístete. Mírame a mí...

Sonriendo se quitó la ropa. Quedo desnuda.

—¡Qué hermosa eres!

Sus piernas, sus senos y esa rara sonrisa me hicieron temblar.

—Bobo, ven, anda. ¿No sabes que te quiero? Acaríciame, pues...

Con manos vacilantes tomé sus senos. Una sensación extraña me hizo sentir adulto. Me transformé en el maestro de civismo...

Cerré los ojos, no sé por qué.

Al abrirlos, su sonrisa se convirtió en carcajadas.

En las manos yo tema sus senos: ¡Eran dos sapos, dos horribles sapos!

Desperté sobresaltado.

Eran las siete...

—Toño, levántate. ¿No querías bañarte?

—Sí, mamá.

—Pues apúrate. Ya está el desayuno.

Al llegar al baño el recuerdo de Lourdes, desnuda, volvió a mí. Sus piernas, senos, su cuerpo todo...

Algo extraño me pasaba.

¿Serán éstos malos pensamientos?

Sí, no había duda, estaba pecando...

Como autómata llegué al comedor.

—¿Qué te pasa, Topo? Te noto raro.

—Nada mamá...

Percibí mi extraño mido en la tierra.

El cielo se oscureció. El viento soplaba furioso.

—¡Tiembla, mamá; Está temblando!

—¡A la calle, vámonos a la calle!

Precipitadamente salimos.

Doña Carmen gritaba:

—¡Hínquense...!

Las casas parecían venirse abajo. Algunas tejas caían al suelo. Los perros aullaban. Las plegarias se levantaban desesperadas...

—¿Qué pecado cometimos, Señor?

—Apiádate de nosotros.

—Perdónanos.

—¿Por qué nos castigas, si somos tus hijos?

Pasó...

La tranquilidad volvió a las gentes. El miedo se despedazó en comentarios:

—Cuando empezó, yo estaba dormida.

—Yo estaba lavando.

—Qué fuerte... ¿Verdad?

La voz de mi mamá llegó hasta mí.

—Toño, ven, termina tu desayuno.

—Voy...

Mis pasos no eran filmes. Arrastraba mi miedo, mi tenor.

Sí, yo era el culpable. Desaté la Cólera de Dios por soñar a Lourdes, desnuda. Sí, desnuda, con sus senos blancos, sus hermosas piernas...

—¿Qué me pasa? Dios mío, perdóname. Yo quiero olvidarla, pero no puedo...

¡Ah, que hermosa es Lourdes sin ropa...!

Llegué a la iglesia. Necesitaba confesarme.

No, no estaba arrepentido por soñar a Lourdes. Quería volver a soñarla, aunque temblara.

Pero tenía miedo. Miedo de morirme en pecado... iría al infierno.

¿Y Lourdes? ¿Iría al infierno también?

¿Cómo será el infierno con Lourdes?

En el infierno hay fuego. Las ropas se queman... ¡Lourdes estaría desnuda!

—¿Qué quieres, Toño?

—Confesarme, Padre.

—Vamos...

En el confesionario me arrepentí; sí, me arrepentí de haber ido a la iglesia, de

estar confesándome...

—Me acuso, Padre, Que tengo malos pensamientos.

—Deséchalos. Encomiéndate a Dios. Reza jaculatorias. Huye de la carne. Acuérdate que en el cielo no entrarán los fornicadores. El pecado de la carne es el peor de todos, evítalo o te condenarás...

Recé la penitencia y salí.

Salí pensando en Lourdes. En sus piernas y en sus senos.

Por recomendación del Director ingresé al Partido.

—Este muchacho es alumno de la escuela. Tiene talento, ya lo he comprobado y creo que puede llegar a mucho en nuestras filas. Es campeón de oratoria...

El presidente regional arqueó las cejas.

—La Revolución —dijo— no ha terminado. La inició Madero, continuaron Villa, Zapata y Carranza, y de ellos ha pasado a nuestras manos. Tú eres muy joven, pero no por eso eres ajeno a la lucha del pueblo. Ya no es una lucha armada. Es la lucha del trabajo, de la honradez, de la constancia, que tarde o temprano, ha de convertir en realidad los postulados de la gesta gloriosa de 1910. Esa revolución será tu herencia; la herencia de todos los que desde temprana edad, se unen a nuestro Partido para luchar por el progreso, la libertad y por la Patria...

Me extendió la mano. Yo la recibí con gusto.

Me sentía importante...

Después, me presentaron a los integrantes del Sector Juvenil.

—Éste es el presidente.

—Mucho gusto.

—Éste es el secretario general.

—Para servirte...

Lino por mí pasaron ante mí. Eran muy pocos, seis o siete.

Dejamos al presidente regional y al Director y nos dirigimos a una oficina pequeña. Cuatro o cinco sillas, mi escritorio, mi retrato del Presidente de la República, otro del Gobernador.

—Éste es nuestro despacho. ¿Qué te parece?

—Bien...

Me sentía nervioso. Todos se desenvolvían con naturalidad, vestían elegantemente y comentaban situaciones políticas que yo desconocía. Me limité a escuchar:

—¿Sabes que anoche el presidente municipal golpeó a don Ramón?

—¿Por qué?

—Pues dicen que don Ramón entró a la cantina sin saludar. El presidente estaba tomando y...

—Hey, don Ramón, ¿por qué no saluda?

Usted perdone, don Celestino, no lo había listo.

—A mí ningún lujo de la mala vida me ningunea...

Don Ramón se acercó a darle la mano y el presidente lo recibió a golpes. Después lo mando a la cárcel...

Yo creí que iban a lamentarlo.

Se rieron...

—Don Celestino es a todo dar.

—¿Se acuerdan que la oda noche nos invitó las nejas?

—Claro. Siempre se porta «reata».

—Dicen que es el «amarrado» para la diputación federal...

—Ojalá. Lo merece.

En las vacaciones nos reuníamos todos los días. Íbamos a trabajar. Nuestro trabajo consistía en hacer mandados al presidente, al diputado, al secretario del presidente, a la esposa del diputado.

A veces, nos presentaban con alguien.

—Son jóvenes progresistas, revolucionarios. Toño es campeón de oratoria.

Cuando salíamos en comisión a algún lugar cercano en el que se inauguraba un edificio o se realizaba un mitin nos concentrábamos a lanzar uvas y porras.

—¡Viva la Revolución!

—¡Viva el señor Gobernador!

—¡Muera el oscurantismo!

Yo no sabía qué era el oscurantismo, pero debía morir...

Se inició un nuevo año escolar. Era septiembre.

El primer día nos reunimos en el patio para recibir las indicaciones del Director.

El cielo nos enviaba una ligera llovizna.

Los maestros, con su presencia, nos lanzaban amenazas de tempestades, de dictados.

El Director se acercó al micrófono. Nos habló de responsabilidad, de estudio, de trabajo.

Nos dijo que en la vida sólo triunfan los hombres y las mujeres que están preparados para afrontar los problemas.

Que felicidad se debe conquistar día tras día.

Que la dignidad jamás debe perderse, aun a costa de la existencia.

Que la verdad es sagrada.

Que los hombres honestos y probos son los únicos merecedores de admiración y respeto.

Que los vividores, los inescrupulosos, lo deshonestos sólo merecen el repudio social.

Después se lamentó del aspecto de nuestro edificio.

—Nuestra escuela —dijo— necesita ser pintada. La van a pintar ustedes.

«Díganles a sus padres que entiendan al llamado que la Secretaría de Educación Pública les hace a través del radio y la televisión para lograr escuelas mejor acondicionadas. Con pequeñas cooperaciones y nuestro trabajo lograremos que ésta nuestra casa, supere esta situación lamentable...».

Nos comprometimos a pintarla en una semana. Lo hacíamos por grupos. En las Tardes.

Veíamos la televisión.

Mi mamá, sentada junto a mí, me rascaba cariñosamente la cabeza.

Yo, boquiabierto, admiraba el heroísmo y virilidad del protagonista del programa. Era «La Ley del Revolver».

Terminó.

Vinieron los comerciales.

«Tequila Zauza, fuente de alegría...».

«El que tiene Castillo lo tiene todo...».

«Corona familiar, signo de distinción...».

«Sea superior. Tome Superior...».

Por fin.

«Mejores escuelas harán de nuestros hijos mejores mexicanos. Réstame usted la escuela más próxima a su corazón...».

Aproveché.

—Mamá, el Director dijo que te pidiera un donativo para pintar la secundaria. Me lo darás, ¿verdad?

—Claro, no faltaba más. Ya sabes que por ti estoy dispuesta a hacer todos los sacrificios...

Antes de la semana fijada nuestro edificio quedó pintado. Realmente se veía hermoso: la fachada era azul, los salones verdes.

Se respiraba mejor, como si la pintura purificara el aire.

Ahora sí, seríamos mejores... ¡Lo habían dicho en la televisión!

Continuaron las clases, los dictados, los elogios al Director, a las autoridades municipales, los regaños, los consejos...

Todo igual...

Sólo cambió la pintura, pero era suficiente: ¡Teníamos una escuela mejor!

24 de octubre. Día de las Naciones Unidas...

Desfilamos...

Después, en el zócalo, se dijeron discursos de paz:

«El desarme es urgente».

«Ya no más guerras».

«Todos somos hermanos: los negros y los blancos, los duros y los rusos. Todos...».

«México es abanderado de la paz»;

«Es un pueblo pacifista»;

«Su única arma es el Derecho»;

«Como pregonero de la amistad entre los pueblos pide a las naciones que los conflictos se resuelvan sin acudir a la guerra»;

«Ésta es monstruosa, inhumana»;

«La amistad debe ser el lazo que una al mundo»;

«La felicidad del género humano y la seguridad para las nuevas generaciones deben tener como base el desarme total»;

«México lo pregona»...

Para terminar cantamos, emocionados, el Himno Nacional:

*«Mexicanos, al grito de guerra
el acero aprestad y el bridón.
Y retiemble en su centro la tierra
al sonoro rugir del cañón...».*

La casa más bonita de mi tierra era la de don Leodegario. Era azul, como mi escuela.

Tenía tres pisos y alberca...

También la del cura tenía alberca, pero sólo un piso.

Don Leodegario tenía un coche verde.

El cura uno blanco y dos negros.

Don Leodegario era prestamista. Prestaba al 10 por ciento.

El cura también.

¿Quién era don Leodegario?

Yo nunca lo había visto. Sólo oí hablar de él.

Mis amigos más grandes decían:

—Vamos con don Leode. Tiene «viejas» nuevas...

Y se iban a la orilla, a los cabarés.

A veces, las señoras comentaban:

—Necesito dinero. El martes debo pagarle una letra al cura y él no espera.

—Vaya con don Leode, comadre. Seguro que le presta. Así sale de su compromiso...

También en el Partido se hablaba de él.

Don Celestino afirmaba:

—Ya convencí a Facundo. Me va a apoyar en mi campaña para la diputación. Me ayudó Leodegario y «La Chiquis». Ésta ni le cobró por meterse con él...

Una noche conocí a don Leodegario...

El Director de la escuela me dijo:

—Es necesario sacar una revista cultural. Quiero que tú la hagas. Te ayudarán Artemio y Gonzalo. Por el dinero no se preocupen. Vean a Leodegario y díganle que van de mi parte. Ya le hablé del asunto.

Busqué a Artemio y a Gonzalo, y fuimos a la orilla, a los cabarés...

Caminamos despacio, en silencio.

Yo sentía una sensación extraña: una mezcla de miedo y curiosidad.

Llegamos.

En la puerta de la casa estaba una muchacha como de 19 años.

El vestido, demasiado ajustado, apenas le cubría los muslos. Fumaba...

Nos acercamos. Artemio estaba pálido; Gonzalo sudoroso.

—Perdón, señorita...

—¿Qué quieren encantos?

—Sabe, usted... yo vengo... digo, nosotros venimos a un mandado del Director de la escuela secundaria...

—Ah, quieren ver a «Betty». Ahorita la llamo... «Betty», ven, te traen recado de tu «viejo».

—No, señorita. Nosotros queremos ver a don Leodegario.

—¡Ah, vaya! Pasen. Es el que Está detrás de la barra...

Era alto, moreno. En su boca humeaba mi puro. Sus ojos se parecían mucho a los ojos del maestro de historia: inyectados, con sueño...

—¿Qué quieren, niños?

—Señor, el Director de la escuela nos dijo que rimáramos a verlo. Que él ya habló del asunto.

—Sí, espérenme mi momento.

Mientras él se retiraba volví el rostro hacia el salón.

Estaba casi oscuro. Olía a tabaco y a vino.

En las mesas bebían hombres y mujeres. Éstas eran jóvenes, casi como Lourdes.

Había mucho borracho. Entre ellos estaban el papá de Luis, y el de Tino. También distinguí al papá de Lupe, pero éste no estaba borracho. Besaba y manoseaba a una muchacha. Ella le correspondía acariciándole la barba...

Don Leodegario regresó sonriendo:

—Aquí tienen, muchachos. En este sobre están dos mil pesos prometidos y el retrato que el maestro me pidió.

—Muchas gracias... Hasta luego.

Bajo las órdenes del director hicimos la revista. Se llamó *Aspiración*.

—En la portada estaba nuestro edificio, a colores.

En la primera página la fotografía del personal docente, en conjunto.

En la segunda, la de don Leodegario con este pie:

«Don Leodegario Rodríguez Ruiz, ciudadano ejemplar, filántropo y amante de la cultura».

Eran las cuatro de la madrugada.

En los charcos, formados por la lluvia de la tarde anterior, las ranas y los sapos gritaban su felicidad.

En toda la calle transitaba el silencio.

La oscuridad preparaba la huida y el sol se anunciaba sangrando al cielo con sus primeros rayos.

El frío bañaba mi cuerpo y lo hacía tintar.

Caminaba despacio, pensativo...

En la tarde dije a mi mamá que estudiaría esa noche en la casa de Artemio, que tenía examen, que necesitaba prepararme.

La verdad era otra: quería ir a la casa de don Leodegario.

Llegué solo, como a las once:

Un policía gritó:

—Hey, ¿dónde vas? Eres menor de edad y no puedes estar aquí...

Le enseñe mi credencial del Partido...

—Usted perdone —dijo con humildad—, adentro está don Celestino. Si quiere acompañarlo.

Me dejé acompañar.

El presidente estaba solo. En la mesa había muchas botellas de cerveza lacias.

—¡Qué milagro, Toño! Pero... ¿tú por aquí? Me da gusto ver que empiezas a ser hombre... Hey, Leode, mándame dos cervezas más que hoy tengo ahijado...

Pretendí decir algo, pero no pude.

Don Leodegario se acercó sonriendo.

—Mira, Leode —dijo don Celestino mientras aquél nos servía—. Éste es un muchacho valioso. Es campeón de oratoria en su escuela y miembro del Sector Juvenil del Partido. Como todo joven es idealista, revolucionario. Tiene mi gran porvenir y estoy seguro que llegará muy lejos... Tiene madera.

—Ya lo conozco. Él hizo la revista de la escuela. Te felicito —al decir esto don Leodegario me dio unas palmadas en la espalda—. Sigue así y serás un hombre de provecho.

Yo me sentía triunfante.

Esta sensación de autocomplacencia se mezcló con el nacimiento de mi admiración y cariño por don Celestino.

La orquesta destruyó la calma.

Varias parejas saltaban, creyendo bailar...

—¿Cuál chamaca quieres, Toño? Yo te la imito. Mira, te recomiendo a «La Chiquis», es cuatita y te tendrá paciencia.

—Señor... yo... este...

—Ja, ja, ja... ¿Tienes miedo? No te preocupes, así somos todos cuando nos

«Bautizan».

Vinieron otras cervezas. Después otras...

Realmente no me gustaban. Su sabor amargo me revolvía el estómago.

Llegó «La Chiquis».

Era alta, rubia, hermosa.

Quiero que me hagas mi buen «trabajo» —le dijo el presidente cuando ella se sentaba a mi lado—. Toño es primerizo.

—No te preocupes. Yo le enseñaré a sentirse hombre...

Al decir esto puso una mano en mi pierna y la apretó levemente.

Me estremecí y sentí miedo.

Me acordé de mi mamá, de mis hermanas, de Lourdes.

Quería llorar...

—¿Fumas? —me dijo cariñosamente.

—No gracias.

Bajé la vista. Sus muslos estaban descubiertos. Mi corazón latió con prisa.

—¿Te gustó, Toño?

—Éste... sí, mucho...

—Ven, vamos a bailar.

Me tomó de la mano y me arrastró a la pista. Me abrazó.

Yo no acertaba con el ritmo.

Temblaba...

Ella sopló en mi oreja y mi fuego extraño, inundó mi cuerpo.

Sentía deseos de huir.

Al regresar a la mesa, don Celestino dijo:

—Ya es hora. No se tarden, yo espero.

—Perdone —dije con titubeo—. ¿Dónde está el baño?

—Allá, junto a la entrada, a la derecha.

Caminé tambaleante. Al pasar por la puerta de entrada el deseo de huir se hizo imperioso.

Salí corriendo...

Después, ya alejado de la casa azul, acorté mis pasos.

La felicidad de las ranas contrastaba con mi tristeza.

Me sentía fracasado, inútil.

Llegué a pensar que no era hombre.

Lo vi llegar. Era muy joven, veinticinco años, quizá menos.

Bajó del camión con una maleta en la mano. Respiró profundamente y avanzó hacia mí.

Yo, recargado en un poste de teléfonos, esperaba a Artemio para ir juntos a la escuela.

Oye, ¿eres alumno de la secundaria?

Su sonrisa era agradable, contagiosa.

Sí, ¿por qué?

—Pues... necesito ver al Director. ¿Quieres acompañarme?

—Estoy esperando a un amigo... Mire, allí nene. Ahorita vamos los tres.

Artemio se extrañó de verme con mi desconocido. Yo le explique:

—Este joven necesita ver al Director. No sabe dónde está la escuela y, por eso, iremos juntos.

La mano del desconocido se extendió hacia mi amigo. Éste la estrechó con entusiasmo.

—Perdona esta molestia, pero es que...

—No se preocupe —interrumpí—, ¿está de paso?

—No... creo que no...

—Entonces seremos amigos, si usted quiere. Me llamo Antonio Mendoza.

—Mucho gusto, Toño.

—¿Le gustan las chamacas? —Preguntó Artemio festivamente.

Éste... sí, por supuesto.

—Pues ya estuvo que «agarró barco»; Toño tiene unas hermanas que están como...

Lo vi sonreír otra vez y esta sonrisa me pareció familiar. Parecía que hubiera conocido muchos años antes o fuéramos amigos de toda la vida.

Artemio, con la misma sensación, hablaba con naturalidad, con confianza.

—Fíjese usted que Toño está acomplejado. La otra vez fue a la casa azul de Leodegario y le tuvo miedo a «La Chiquis». Desde entonces anda triste. Cree que no sirve...

—¿Quién es Leodegario y quién «La Chiquis»? —preguntó nuestro nuevo amigo.

—Ah, me olvidaba que usted no es de aquí. Leodegario es el dueño de dos cabarés. La «Chiquis», es una «neja»... Está muy buena, pero sólo entra con los que llevan mucha «lana». A Toño se la imitaron.

—¿Ustedes van seguidos a esos sitios?

—Yo sí —contestó Artemio con presunción—. Toño sólo ha ido una vez. Yo le digo que no sea «coyón», que poco a poco ¿verdad? Pero él se «raja»...

—¿Usted es amigo del Director? —pregunté intentando cambiar de tema.

—Bueno... pues... Sí...

—Entonces que le presente a «La Chiquis», nomás para que la vea —terció Artemio—. Él tiene la suya, pero no me gusta. Está flaca.

—¿El Director va a los cabarés? —interrogó el joven con asombro.

—Claro —contesto Artemio—. También es hombre. Él nos dice que en la escuela es maestro, que allí sí respetemos, pero que en la calle es igual a nosotros. Es a todo dar...

No va seguido —aclaré—, cuando lo hace trata de que no hayan alumnos en la misma sala; dice que se sentiría incómodo si lo hubiera, también lo hace por ética, según afirma...

—Yo creo que los hombres debemos ser hombres en todos lados ¿no? —interrumpió nuevamente Artemio—. Si a él le gusta Betty, no tiene por qué encenderse. Nosotros también somos «machos».

Estábamos casi por llegar. El edificio azul de nuestra escuela había apareado ante nuestros ojos y veíamos con claridad a los grupos de alumnos que entraban apresurados.

—Ésa es la escuela —dije, señalándola con la mano—, ¿le gusta?

—Es igual a la casa de Leodegario —afirmó Artemio—, bueno... por lo menos en el color...

El Joven sonrió.

—Me gusta mucho su escuela —su voz era pausada—, pero no quisiera llegar tan pronto. Miren, allí hay una refresquería. Los invito, si nos los atraso, claro.

—No, joven, no nos retrasa —se apresuró a decir Artemio—, faltan diez minutos para el toque...

—Bueno, entonces aceptan, ¿verdad?

Nos dirigimos a la refresquería. Ocupamos una mesa central. Artemio se veía feliz, orgulloso...

—¿Qué van a tomar? —preguntó la mesera.

—Si no fuera hora de clases tomaría una «Superior», da personalidad —dijo Artemio aparentando tristeza—, pero me conformo con una «Pepsi».

—Yo una «coca».

—Yo igual.

—¿Te gusta tomar cerveza?

—Claro, joven, ¿a usted no?

—No.

—Voy... no lo creo. A su edad es vergüenza no tomarla.

—¿Vergüenza?

—Sí, vergüenza. Todo hombre debe oler a sudor, a tabaco y alcohol... ¿No lo sabía?

—No, no lo Sabía.

—Pues... ¿De dónde viene usted? A lo mejor resulta de los «otros»...

Me sentí incomodo por este atrevimiento. Creí que nuestro nuevo amigo se

enojaría. Se limitó a sonreír ligeramente.

Hubo silencio.

El recién llegado veía con dulzura a los ojos de Artemio y éste sonreía triunfalmente, como si acabara de aprobar todas las materias.

Antes de hablar el joven tomó un sorbo de refresco.

—Yo creo —dijo— que la hombría no radica en todas las cosas que señalas, sino precisamente en lo contrario. He conocido a personas cuya juventud transcurrió en las cantinas y casas de mala nota... hoy piden limosnas o están en la cárcel. ¿Crees que el hombre es más hombre si es mendigo o presidiario?

Artemio movió la cabeza negativamente.

—Las mujeres —siguió diciendo— son seres como nosotros. Ellas no deben ser mercancías. ¿Sabes por qué algunas son así? Porque nuestra sociedad ha cambiado los valores. Ha sustituido el amor por el placer camal y ha condenado a la miseria espiritual a quienes, por pésima distribución de la riqueza, gimen en la más espantosa miseria económica. ¿Te das cuenta? La mujer deja de serlo para convertirse en objeto de compra y venta, solamente porque el valor dinero ha superado a todos los valores...

Tomó otro sorbo. Yo luce lo mismo. Artemio no parpadeaba.

—Las jovencitas que se inician en la prostitución no preocupan a nadie, ni siquiera hacen pensar que son víctimas de una organización social que debe ser superada. Pero también sus clientes son víctimas. Sí, tú, el Director y todos los que concurren a los prostíbulos regresan sin dignidad, sin hombría. Ten presente esto: El hombre más indigno y despreciable de la tierra es aquél que compra con dinero las caricias que deben conquistar con virilidad.

Calló mi momento. Sus ojos seguían despidiendo ternura.

—Acuérdense que dentro de algunos años serán padres de familia. No sean padres improvisados. Prepárense, desde hoy, evitando todo aquello que no quisieran que sus lujos hicieran mañana...

Hasta nuestra mesa llegó el toque de entrada. Artemio no se inmutó por ello. Yo, con pena, tuve que decir:

—Vamos...

Salimos. Los tres callamos. El desconocido tomó a Artemio del hombro, como protegiéndolo.

Cuando llegamos ante el Director, yo hablé primero:

—Maestro, este joven lo busca.

Nos quedamos a un lado y escuchamos:

—Señor —dijo nuestro amigo—, me envían para hacerme cargo de las clases de español. Acabo de egresar de la Normal Superior. Aquí están mis credenciales.

—Artemio cambió de color. Yo me alegré. El Director, sonriendo, dijo:

Sea bienvenido. Lo esperábamos desde hace mucho. Ojalá y su juventud no sea un estorbo...

—No se preocupe —contestó—, amo a mi carrera y superarme en ella es mi mayor aspiración. Quiero ser útil a los muchachos...

Se quedaron hablando. Nosotros fuimos a nuestros salones. Artemio estuvo raro el día...

El nuevo maestro pronto ganó nuestra confianza.

Todos lo queríamos.

Si surgía una duda en la clase de historia, de biología o de civismo, íbamos a consultarlo a él. Sus explicaciones eran más claras, más precisas que las de los maestros respectivos.

A veces, sin avisarnos, nos visitaba en nuestra casa.

Entonces le hablábamos de nuestros problemas, de nuestras ambiciones. Él nos alentaba, nos ofrecía ayuda.

En las tardes, terminadas las labores, jugaba con nosotros.

A partir de su llegada la clase que más me gustó fue la de español.

Me interesé por los verbos, por los pronombres, por los adjetivos. Parecía que ellos tuvieran algo del maestro, que fueran parte de él.

Sin embargo, el Director no lo quería.

En ocasiones pretendió humillarlo ante nosotros reprendiéndolo injustamente.

Él se limitaba a sonreír con tristeza. Su sonrisa tenía sabor de desengaño.

Recuerdo perfectamente...

Se acercaba la fecha conmemorativa de la fundación de nuestra escuela. Todos los maestros se reunieron en mi salón de la planta alta para programar los festejos.

El Director presidía.

Yo, asomado por la ventana que comunicaba con el corredor, estaba atento a todo:

—Es necesario que nos pongamos de acuerdo —dijo el maestro de historia— en lo relacionado con el baile. Opino que debe ser amenizado por dos orquestas y que el boleto de admisión cueste quince pesos.

—Estoy de acuerdo —afirmó el de geografía.

—Yo también —rugió el Director.

Los otros se concretaron a levantar la mano aprobatoriamente.

Mi amigo sólo molió la cabeza.

—Ahora —dijo el Director—. Quiero que acordemos lo de la cantina. Es necesario que en esta ocasión logremos más utilidades que en otras. Yo creo que si vendemos solamente cerveza chica al precio de la grande obtendremos mayor ganancia.

—Yo quisiera proponer —intervino la de biología— que también se vendieran «cubas» de «Castillo». La botella cuesta treinta y cinco pesos. De ella salen treinta o más «cubas» que con el precio de siete pesos cada una nos dan mi total de doscientos diez pesos por botella.

—Tiene razón —se apresuró a decir el Director.

—Pero debemos variar —insinuó el de historia—, que no sea solamente «Castillo», sino también «Ginebra», «Madero», etcétera.

—Apruebo —gritó el de cultura física.

—Yo también —dijo el de civismo.

El Director lanzó una mirada de odio al de español.

—Y usted, maestro, ¿por qué no opina?, ¿le tienen sin cuidado los problemas que afrontamos?

—Sí, señor Director. Me tienen sin cuidado los problemas que ustedes afrontan. Por eso no opino.

—¿Quiere decir que se niega a colaborar en estas actividades?

—Me niego, señor.

Todos los maestros quedaron asombrados de esta respuesta.

El Director enrojeció en la cara.

—Está usted obligado a colaborar. Por eso le pagan...

—No, señor. Por vocación estoy obligado a educar...

—¿Cree que no lo hago?

—No, no lo hace.

—Mire, no estoy dispuesto a tolerar su indisciplina. Acuérdesse que soy compadre de...

—No interesan sus compadrazgos en este momento, señor: interesa la escuela...

—Por ella me preocupo. Todas estas actividades van a realizarse con el único fin de lograr fondos para mejorar nuestro edificio.

—Comete un error. Escoge usted los medios más incómodos. La educación no puede tener como base a la embriaguez.

—Mire, maestro. Usted es nuevo aquí —dijo el de historia—, no conoce las costumbres. Por tradición el aniversario de la escuela se celebra con un baile. En el baile se venden bebidas embriagantes. Si esto no se hiciera nadie vendría... no podemos arrancar de un tirón lo que se ha practicado en muchos años...

—¿Debemos alimentar esta costumbre?

—Sí. Por ahora.

Mi amigo sonrió levemente. Miró a los ojos al Director y dijo con calma:

—Lo que usted hace, señor Director, está estrictamente prohibido.

—¿Y qué? No acatamos estas prohibiciones en beneficio de la educación.

—¿De la educación?

Sí, de la educación. Nuestro edificio necesita mejorarse.

—El edificio no es lo importante...

—¿Qué dice? —intervino nuevamente el de historia—. ¿Para usted no es importante el edificio? ¿Quiere que los alumnos estén a la sombra de un árbol? Usted está contra la política educativa de nuestro Gobierno cuya meta es la construcción de una aula cada dos horas.

El Director aprobó lo dicho con un movimiento de cabeza.

La de Biología, con los dedos, golpeó levemente la butaca.

Mi maestro volvió el rostro hacia el de historia y dijo:

—El edificio no es en sí lo primordial. Lo que debe ocupar el primer plano de este

afán constructivo es el espíritu de amor y de comprensión inteligente frente a cada alumno...

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó violentamente el Director.

—Quiero decir que la condición esencial que presida todo régimen educativo debe ser: Conceptos morales amplios, libres de todo dogma sectario; actitud científica frente a la realidad síquica y mi incontable anhelo de ayuda a vivir a quienes encuentran grandes obstáculos para la felicidad. Esta condición sólo puede ser determinada por las convicciones personales de quienes, al frente de los centros educativos, irradian comprensión y amor en tomo suyo.

—Entonces para usted el maestro es más importante que el edificio, que los libros de texto, que los programas...

—Sí señor.

—¿Cuál es el maestro ideal? —preguntó con sonrisa irónica la de biología.

Mi amigo se volvió hacia ella.

—Sólo uno —dijo con firmeza—: El maestro por vocación.

Hubo mi silencio.

El de matemáticas cruzó las piernas.

La de Biología se quitó los lentes.

El Director parecía turbado.

—Yo quisiera —empezó mi maestro— que entendiéramos nuestra misión. No estamos aquí para forjar sabios, sino para formar hombres y mujeres íntegros. El título de hombre o de mujer es el más importante en la carrera de la vida. Sin él, los otros títulos constituyen un serio peligro. Debemos atender a las necesidades internas de nuestros alumnos. Debemos ayudarlos a descubrirse a sí mismos con el objeto de que sepan ubicarse en su futuro ocupacional. Debemos, ante todo, considerarlos como padres de familia en potencia. Esta consideración es la más trascendental en el proceso educativo, porque la educación de un individuo es en sí la educación de generaciones... Los adolescentes no son costales que debemos llenar sin fin determinado de biología, matemáticas, historia, geografía, etcétera. Son seres que piensan, que deciden, que aman, que sufren. Debemos enseñarles, pues, a pensar, a decidir, a amar y sufrir.

Otro silencio.

El de historia encendió un cigarro.

El de cultura física tosió.

La de biología se puso los anteojos.

—Desde hace unos días —siguió diciendo— he querido hablar con ustedes a fin de que busquemos solución al problema de Artemio Sánchez, del segundo «B», a quien ustedes castigan constantemente. Este muchacho procede de familia acomodada, pero desde chico ha venido padeciendo...

—¿Qué pretende? —Interrumpió el Director—. ¿Cree que podemos dedicarnos a atender a un solo alumno cuando están a nuestro cargo más de quinientos?

—No solamente podemos, sino que debemos hacerlo. Si la individualización del castigo es un principio que no se discute, con mayor razón debe admitirse la individualización del tratamiento educativo de cada menor.

—Ya hemos perdido demasiado tiempo —observó el Director—, dejemos esta discusión absurda y saquemos nuestras conclusiones...

—Bueno —dijo el de historia—, quedamos en que sólo venderíamos cerveza chica.

Y «cubas» de «Castillo», «Ginebra» y «Madero»... —agregó la de biología.

— **T** oño, ¿sabías que don Ambrosio es comunista?

—No, no lo sabía.

—Pues, fíjate que recibe unas revistas de la embajada rusa, no va a misa ni se confiesa.

—Es cierto, pero...

—Hasta le mandan dinero de Moscú para atacar a don Celestino...

—¿Cómo lo sabes?

—Todos lo saben. Anda diciendo que ya no soportemos las imposiciones, que luchemos para lograr el sufragio efectivo, que destruyamos los compadrazgos, que exijamos nuestros derechos...

¿Estás seguro?

—Claro, yo lo escuché.

¿Quiénes le hacen caso?

—Nadie. Se burlan de él. Dicen que está loco.

—¡Ah, vaya!...

La biblioteca del partido siempre estaba llena de soledad.
 Los estantes, casi vacíos de libros, abundaban de polvo y basura.
 Las mesas de lectura paredón inundadas de complejos, formados por su inutilidad.

Se percibía un olor de sótano.

Por primera vez entré, no sé por qué.

Había, clavados en las paredes, pensamientos impresos en cartulina suda que contribuían, con descaro, a la formación de ese insoportable ambiente:

«Estudia y vencerás».

«La sabiduría es el mayor tesoro...».

«Hombre grande es el sabio, hombre necio el ignorante».

Al salir y sólo por llevar algo bajo el brazo tomé un libro.

Escogí uno presentable, con pastas limpias.

Mi libro y yo íbamos sin rumbo, sin sentido.

Él, prendido de mi brazo.

Yo, prendido de mi ociosidad.

Al pasar por la terminal de los autobuses de segunda clase, un viejecito interrumpió mis pasos:

—Joven, perdone. Me da mucho gusto ver a alguien que se interese por los mayas.

—¿Los mayas?

—Sí, el libro que usted lleva se refiere a ellos.

—Ah, sí... Me interesan mucho...

—Espere. Voy a regalarle algo.

Se volvió hacia una caja de cartón, su equipaje, y sacó dos libros.

—Mire usted. Éstas son mis últimas obras. En ellas sostengo que el hombre americano...

—Perdone. ¿Quién es usted?

—Soy el autor del libro que usted trae y de estos dos que le obsequio.

—Pero...

—¿Sabe? La concepción de la divinidad entre los mayas fue asombrosa. Consideraban a Dios como único Hacedor de todo lo existente, el autor de la forma y del número. Por eso lo representaban con mi cuadro encerrado en mi círculo. Ésta es la representación más exacta del Creador porque...

—Perdone, señor, tengo plisa. Le agradezco mucho su obsequio.

—Que le vaya bien joven. Fue mi placer conocerle. Es usted de los pocos mexicanos que se interesan y enorgullecen por lo suyo, por lo autóctono, por lo glande.

—Adiós, señor...

Avancé molesto.

El traje raído de ese hombre, su aspecto hambriento y miserable me causaron malestar.

En la esquina me esperaba Cristóbal.

—Toño. ¿Sabes quién está en el zócalo?

—No. ¿Quién?

—Kid Lagarto, el campeón mundial.

—¿De l eras? Vamos a verlo.

Corrimos.

El zócalo era un mar de gente.

El Kid repartía sonrisas y autógrafos.

Las pon as y los vivos no cesaban.

Al verlo, al saludarlo, sentí escalofrío en el cuerpo.

Por primera vez estaba ante alguien famoso, importante.

Con dificultad el campeón abordó nuevamente su coche. Era último modelo, de lujo.

La gente corrió varias cuadras tras él.

Las porras lo siguieron largo trecho.

Después, en mí, la emoción se convirtió en propósito.

Sería famoso, importante, como el Kid...

—Oye, Toño, ¿con quién platicabas en la terminal? —me preguntó Cristóbal, mientras regresábamos.

—¿En la terminal? Ah, sí... pues, este... con un pobre diablo...

No podía dormir. Con los ojos abiertos escuche las doce. El calor me obligó a prescindir de las sábanas. La cama era un martirio.

Abrí la ventana que daba a la calle y el aire fresco hizo más tolerable la estancia.

De pronto escuche las voces, muchas voces.

Reconocía la de Pedro, la de Luis, la de Artemio.

Se oían alegres, creo que borrachos.

Al llegar a mi ventana guardaron silencio.

Distinguí sus figuras, bañadas en luna.

Eran como veinte. Casi todos estudiantes de mi escuela...

—Psss, Toño, levántate...

—¿Qué quieren? ¿A dónde van? —Pregunté sin moverme.

—Vente con nosotros y no preguntes. Traemos botella...

—No hagan ruido. Ahorita salgo.

Por temor a despertar a mis hermanas, que dormían en la recámara contigua, camine de puntillas hacia el ropero.

Rápidamente tomé mis ropas y salté la ventana. Me vestí en la calle.

—Échate un trago. Es del bueno...

—¿Dónde lo consiguieron?

—Pedro lo robó a su papá...

—¿A dónde vamos?

—A ver a las «viejas» de Leodegario. Jálale...

Artemio me abrazó por los hombros. Yo hice lo mismo con Luis y éste con Luciano.

Avanzamos en cadena.

—¿Qué canción cantamos, Arturo?

—La que quieran, pero que llegue al alma...

—¿Sigues herido por los desprecios de la Lupe?

—¿Por ésa? No, viejo. A mí las mujeres me respetan. Lupe no vale nada. A la hora que quiero la juego.

—Voy... ¿a poco se deja?

—Se deja hacer todo. La otra noche...

—Oye. ¿Es cierto que Lourdes anda con el maestro de civismo? —preguntó Artemio a Luciano.

Me quedé frío. Mi corazón saltó con fuerza...

—Es cierto, mano. Don Rodolfo le sirvió de «alcanfor». Él les presta su casa. Dicen que Lourdes ya encargó...

La sangre golpeaba con fuerza en mi cerebro. Mi cuerpo se volvió robot...

Seguimos caminando. Unos cantaban; otros lanzaban improperios...

Yo, más que en Lourdes, pensaba en el maestro de civismo...

En él odié la escuela, mi casa, mi pueblo, la vida...

—Pásame la botella.

Bebí con desesperación, buscando en el licor la virilidad que me faltaba.

¿Qué clase de hombre era yo que jamás había seducido a nadie?

¿Por qué quise tanto a Lourdes, si sólo era mujer?

Las mujeres se juegan, se gozan, no se aman...

—Dame otro trago.

Apuré nuevamente la botella.

De pronto, en la esquina, como a veinte metros de nosotros, apareció doña Lola, la viuda de don Carlos.

—¿Y ésa? ¿Qué hace a esta hora en la calle? —preguntó alguien.

—Anda buscando macho —contestó Luis.

—Ya... pero si está re «ruca»...

—¿Y qué? Todavía aguanta. ¿No?

Ella nos salió al encuentro:

—Muchachos, ayúdenme. Dejé abierta la puerta de mi casa y los marranos se salieron.

—Lo que va a perder es otra cosa —dije con voz distinta—. ¿Cuánto hace que murió su esposo?

—Diez años. ¿Por qué?

—¿Diez años sin nada? ¡Qué aguante! Hey, muchachos, ¿le hacemos el favor?

—Se lo hacemos. Así cumpliremos con las obras de caridad que predica el cura...

Ella quiso correr, pero se lo impedí sujetándola del brazo.

—¿A dónde vas «ruquita». Si aquí tienes tu comida?

Sus ojos parecían salirse de las órbitas. Su rostro se hizo blanco.

—Encuérenla. Yo la agarro.

Su ropa cayó echa girones.

—¡Las pantaletas no las rompas! ¡Cuidado! Nos van a servir de trofeo.

Lanzó un gemido y cayó desmayada.

—Así es más fácil. Yo soy primero. Háganse a un lado...

—Espera. Alguien viene.

—Son policías. Corran.

Todos huyeron. Yo no tuve tiempo. Sólo alcancé a esconderme en el quicio de una puerta cercana.

Los policías llegaron. Eran dos.

—Malditos rebeldes. Ya abusaron de la viuda.

—¿Está muerta?

—No creo. Está desmayada...

—Aguanta, ¿verdad?

—Mucho... ¿Le entramos?

—Yo diría. Nadie se da cuenta... Ni ella... Después la llevaron a su casa. Antes de cargarla, todavía manosearon su cuerpo... Parecían perros. Regresé despacio, pensativo...

¿Por qué siempre me ganan?

Quizá porque sólo tengo 16 años...

— **P**apá. Quiero hablar contigo.

—Después, ahora no tengo tiempo.

—Pero, es domingo...

—Aunque. Tengo prisa. Voy a una junta al Ayuntamiento.

—¿Al Ayuntamiento?

—Sí, don Celestino citó con urgencia a los padres de familia. Parece que ayer unos muchachos golpearon a la viuda.

—¿Saben quiénes fueron?

—No. La viuda no los conoció. Los policías tampoco. Gracias a la intervención de éstos no la mataron.

—¿Te acompaño, papá?

—Esta bien. Vamos.

Llegamos.

La junta ya había empezado.

En el salón de actos, sentados míos, parados otros, estaban todos los papás.

El de Tino y el de Luis estaban juntos, como en el cabaré.

El Director y don Facundo en los extremos. Don Artemio en medio...

Don Celestino presidía la asamblea.

Yo me quedé en la puesta, observando.

—El problema es grave —dijo el presidente—. Las pandillas juveniles en las grandes ciudades constituyen una constante amenaza. Debemos evitar que aquí se formen para lograr la seguridad de nuestras esposas y de nuestras hijas.

—Yo propongo —dijo el doctor Mora— que se dé mi escarmiento. Que se investigue quiénes fueron los atacantes de anoche y se les exhiba vergonzosamente como hijos mal nacidos.

—Es imposible saber quiénes fueron —aseguró don facundo—. Nadie puede identificarlos.

Señores —gritó el Director con voz de trueno—. Este problema es grave, como afirma nuestro digno presidente, pero no difícil de resolver. Es precisa, para su solución, formar brigadas policiacas que vigilen en las noches la ciudad. No importa cuánto cuesten. Todos colaboraremos para pagar los sueldos de esos guardianes que, con su trabajo y abnegación devolverían la paz a nuestros hogares... Estoy seguro, plenamente seguro, que si don Celestino Ramírez, aquí presente, por el voto de ustedes llega a nuestro representante en la Cámara de Diputados sabrá responder a la confianza de su pueblo y buscará la forma de que ese cuerpo policiaco extra sea subsidiado por el Gobierno del Estado.

Don Facundo aplaudió primero, desde el otro extremo.

Todos lo imitaron.

—Yo —dijo el papá de Tino— apoyo la precandidatura de don Celestino, hombre

cabal, honrado y ejemplar.

Nuevos aplausos.

—Propongo —rugió don Armando desde la mitad de la sala— que nos constituyamos de inmediato en comité de lucha a favor de don Celestino Ramírez.

Otros aplausos.

Don Celestino estaba sonriente, feliz.

Se levantó con solemnidad y dijo:

—Señores: Agradezco su simpatía y su apoyo. Realmente no merezco tanto. Soy de familia humilde; conocí del arado; del sol abrasador del campo, del frío hiriente de los bosques en tardes de lluvia. Me he levantado de abajo. Soy del pueblo, de éste que me vio nacer y a quien he dado lo mejor de mí mismo. Antes fui sembrador de trigo. Hoy me he convertido en sembrador de ideas que al traducirse en hechos, redimen a mis hermanos los pobres, los miserables. No soy digno de ocupar el puesto al que ustedes me llaman, pero si me lo piden, si me lo exigen, dispuesto estoy a sacrificarme, pues jamás he renunciado a mis deberes con la Patria.

Una ovación a estrepitosa invadió la sala.

Pon as y vivas surgieron de pronto.

Don Celestino, con las manos extendidas agradecía sonriente ese apoyo popular.

—Antes de retiramos —siguió diciendo—, quiero que sepan que soy admirador profundo de aquellos que, como yo, cumplen a costa de todo, con la misión que la sociedad les encomienda. Por lo tanto, quiero que blinden un nutrido aplauso a los dos valientes policías que anoche, exponiéndose a todos los peligros, impidieron que doña Dolores Fuentes mida de González fuera asesinada por la banda de jóvenes delincuentes que, despreciando nuestros buenos ejemplos y nuestros sanos consejos, han escogido el cambio del engaño y del crimen.

Esta ovación fue la más nutrida.

Todos se pusieron de pie cuando los policías entraron al recinto.

Éstos agradecían con torpes inclinaciones de cabeza.

—Senadores públicos como éstos sólo se dan en un régimen de verdad, de igualdad, de progreso y de democracia, como el nuestro —finalizó el presidente.

Al salir, todos iban felices, rodeándolo.

—Señores —dijo sonriente—: ruego a ustedes me acompañen a mi humilde casa, a tomar un sabroso mezcal de Oaxaca y a saborear una barbacoa de pozo que, mi mujer, también senadora del pueblo, les ha preparado...

Todos fueron tras él.

También papá.

—Papá...

—¿Que quieres?

—Necesito hablarte...

—Después... ¿Qué no ves que estoy ocupado?

Ya estoy en tercero.

Estoy contento, pues es mi último año en esta escuela.

Quiero ir a México, a la Universidad.

Sé que sin título universitario uno no vale nada.

Para ser alguien hay que estar titulado, aunque sea de contador o maestro.

Yo quiero ser alguien. Quiero tener dinero, mucho dinero. Las mujeres no se fijan si uno es guapo o inteligente. Se fijan en el coche, en la cartera, en el título.

Yo tendré muchas mujeres...

Todavía no sé qué carrera escoger. Dicen que la de ingeniero petrolero deja mucho, pero es difícil.

Yo quiero una fácil, pero, productiva.

A veces pienso que seré licenciado. No para ejercer, pues eso ya no es negocio, sino para entrar de lleno a la política. Los licenciados son más hábiles, más mañosos.

Me gustaría ser diputado, luego senador y... ¿Por qué no?, Gobernador de mi Estado. Probablemente lo sea. Yo estoy dispuesto a todo; no me importan los medios, pues con escrúpulos no se llega a nada: se fracasa. Yo no quiero ser un fracasado. Aspiro a mucho. Soy progresista, revolucionario...



JUAN SÁNCHEZ ANDRAKA. (Guerrero, México, 23 de noviembre de 1941). Escritor, investigador y periodista Guerrerense. Estudió su educación primaria en Chilapa y a la corta edad de 16 años tuvo que ir a Chilpancingo en donde estudió su Secundaria y terminó la Preparatoria. Su vida como fanático escritor comenzó gracias a su padre, quien escribía libros de medicina y traducía obras del Portugués y Francés. Sin embargo fue hasta 1966 cuando escribió su más grande obra, *Un mexicano más*.

De 1972 a 1974 fue Presidente Municipal en Chilapa. De sus experiencias nacen obras como *Amanecer* y *A pesar de todo*. Según él mismo, fue un callejero, vendedor de tamales, y un poco *hippie*; si esto fué cierto, le permitió recorrer el país y de eso tomó la inspiración para las obras *Zitlala* y *Allá en el río*.

En octubre de 1977 fue director del Instituto Guerrerense de la Cultura y hasta la fecha es director de Vinculación independiente de la Secretaría de Educación de Guerrero. En el año 2009 da a conocer su primer documental el cual se titula *El Guerrero mágico*, mediante el cual nos muestra la cultura y tradiciones Guerrerenses.